XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

Los talleres extracurriculares en la escuela media: ¿En busca de la relevancia cultural perdida?.

Verónica Tobeña.

Cita:

Verónica Tobeña (2015). *Los talleres extracurriculares en la escuela media: ¿En busca de la relevancia cultural perdida?. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: https://www.aacademica.org/000-061/795

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org*.

Los talleres extracurriculares en la escuela media
¿En busca de la relevancia cultural perdida?

Verónica Tobeña
(CONICET/FLACSO Argentina)

verotobena@gmail.com

Resumen

El artículo analiza la estrategia desarrollada por una escuela media situada en la zona norte de la ciudad de Buenos Aires (Argentina), que consiste en una apuesta por los talleres extracurriculares. Intentaremos sostener que esta apuesta constituye una lectura particular del problema que estaría aquejando al nivel, que es reponer a través de los talleres aquello que le falta a la escuela tradicional, es decir, poner a jugar lo que la concepción moderna de la educación excluyó de la propuesta escolar, lo que esta institución relegó de su órbita de interés y de su ámbito de intervención, revistiéndolo por lo tanto de un valor menor, cristalizando así la relación de fuerzas que se impuso en la disputa por la definición del *ethos* escolar.

Palabras clave

Escuela media - Caja curricular - Talleres extracurriculares - Modernidad - Contemporaneidad

La escuela media está siendo objeto de variadas estrategias políticas y atravesada por múltiples interpelaciones, tanto de iniciativas que responden a la macro política y que actúan "desde arriba", como de intervenciones que tienen origen en su propio seno institucional. Se trata de mediaciones orientadas a contrarrestar los efectos de su matriz elitista de origen, la pérdida de relevancia cultural de su propuesta formativa, sus patrones

de socialización asimétricos y tendientes a acentuar la autoridad adulta, así como sus mecanismos de disciplinamiento y su cultura escolar selectiva, entre otras "fallas" que evidencia el formato escolar moderno, en virtud de ser hijo de la cultura intelectual de la Ilustración y moldeado por las necesidades de una sociedad industrial incipiente. Socavada la hegemonía de la concepción enciclopedista del saber y superadas las condiciones del capitalismo industrial, la escuela de nivel medio padece el desacople que existe entre su *programa institucional* (Dubet, 2006) y el nuevo clima cultural que introduce la condición contemporánea.

Este contexto ubica a la escuela secundaria en una búsqueda de identidad, le impone la necesidad de redefinirse a la luz de las exigencias del presente y de las nuevas condiciones a las que se incorporarán los jóvenes que transitan por ella para prepararse para el futuro. En esa búsqueda, en esa introspección que realizan las distintas escuelas para dar respuesta al escenario que configura la contemporaneidad, cada una despliega distintas estrategias y pone el acento en aspectos diferentes para colocarse a la altura de las circunstancias.

En estas páginas nos detendremos a analizar la estrategia desarrollada por una escuela en particular, e intentaremos sostener que su apuesta por los talleres extracurriculares -en ello consiste la estrategia en cuestión-, constituye una lectura del problema que estaría aquejando al nivel que consiste en reponer a través de los talleres aquello que le falta a la escuela tradicional, en poner a jugar lo que la concepción moderna de la educación excluyó de la propuesta escolar, lo que ésta institución relegó de su órbita de interés, de su campo de trabajo y de su ámbito de intervención, revistiéndolo por lo tanto de un valor menor -cuando no de un disvalor- y cristalizando así la relación de fuerzas que se impuso en la disputa por la definición del *ethos* escolar.

En este gesto de rectificación de esas "fallas" al que hacemos alusión, aparecen cuestiones como las del placer, la pasión, vínculos más horizontales, la libertad, no sin entrar en tensión con sus pares opuestos, y de esa tensión es de la que nos gustaría hablar aquí.

****

Tensiones

La experiencia que aquí se analiza es entonces la de los talleres extracurriculares en una escuela de gestión privada ubicada en un barrio de clases medias-altas de la zona norte de la Ciudad de Buenos Aires (Escuela A), en donde es precisamente esa propuesta, optativa y dictada a contraturno, la que constituye el corazón de su identidad institucional. Nos proponemos pensar los sentidos que adopta la propuesta de los talleres como actividad formativa extracurricular en una escuela en la que la opción por los talleres, de fuerte impronta artística y destacada por sus altos estándares de calidad -equiparables a las mejores ofertas formativas que pueden encontrarse en cada una de las especialidades que están allí representadas-, constituye un fuerte pilar de su perfil institucional y de su proyecto educativo.

¿Qué sentidos adopta la experiencia de los talleres extracurriculares en una escuela que basa su singularidad en dicha propuesta? ¿Qué papel juega la opción por los talleres en la cultura escolar que promueve esta institución? ¿Cómo impacta en las actividades curriculares que tienen lugar por la mañana, las actividades extracurriculares que en el marco de los talleres dicta esta escuela por la tarde? Asimismo, nos moviliza la pregunta por cuál es el secreto del éxito de los talleres que brinda esta escuela.

Lo primero que se recorta al avanzar en esta indagación son límites bien nítidos entre aquello que hace a la formación dura o curricular que propone la escuela y aquella enmarcada en la opción que representan los talleres. Lo que destacan los actores es un límite entre algo que sería escolar y algo que no lo sería. Hablan del “colegio colegio” para referirse a los contenidos obligatorios o a los marcos en los que se despliega la actividad curricular, mientras que usan expresiones del tipo “espacio cultural”, “no son talleres de escuela”, para intentar transmitir algo del sentido que la experiencia de los talleres encierra para quienes participan de ella. Lo que intentaremos en las siguientes páginas, entonces, es explorar las tensiones que existen en esta diferenciación que se marca entre lo que ocurre por la mañana y lo que ocurre por la tarde en dicha escuela, bajo la dicotomía escolar/no escolar.

Tensión 1: Deber vs. Deseo. O los talleres como el lado B de la escuela

"No estoy de acuerdo con estos planteos de especialización en la escuela secundaria, que esto se ligue o adopte la forma de lo curricular. (…) justamente la condición de la elección es un aporte… porque los pibes que están ahí en un taller están ahí porque quieren y eso genera condiciones de aprendizaje, de producción y de participación muy distinta"

Entrevista a Director

Una de las tensiones obvias que se da entre la caja curricular y la propuesta extracurricular de los talleres tiene que ver con el carácter impuesto de la primera frente a la condición libre de la segunda, porque mientras el aprendizaje de los contenidos curriculares es obligatorio y no permite a los estudiantes la opción de sustraerse a los mismos, los alumnos se suman a los talleres por elección, asisten a uno o varios de una oferta extensa y variada de opciones y no están obligados a permanecer en ellos si por alguna razón no desean seguir participando de ese espacio. A su vez, el hecho de no participar de algún taller por parte de los alumnos no tiene consecuencias al nivel de su performance académica, es decir, no repercute en el sistema formal de evaluación de los alumnos, de modo que éstos asisten a los talleres si quieren, al que quieren y hasta que quieren hacerlo.

Podríamos plantear el contraste que esto abre entre las condiciones que impone la formación curricular y las actividades extracurriculares de forma simplificada, ubicando a una del lado de lo obligatorio y a la otra del lado de lo electivo. Pero la díada obligación-libertad que configura la convivencia de estos dos esquemas de trabajo al interior de una escuela merece un análisis que se detenga en las improntas que animan esa tensión. Porque la obligatoriedad en la que se sostiene la pata curricular de la escuela se fundamenta en una cultura del deber que hoy está en declive (Lipovetsky, 2000). La escuela, en tanto dispositivo disciplinario y pieza del entramado institucional moderno, se hizo cargo de preparar para el trabajo, de modelar hábitos y disposiciones en los sujetos sobre los que su *programa institucional* opera que generen los recursos humanos que el capitalismo industrial necesitaba para su desarrollo. Lo que esa fase del capitalismo necesitaba era, fundamentalmente, sujetos en los que haya hecho carne la idea de que el trabajo dignifica, y que entonces cumplan con sus obligaciones laborales por razones que exceden la necesidad

del salario y se vinculan con la economía moral de los individuos: el trabajo es bueno en sí mismo y la obligación es entonces con uno mismo. Esta moral, aunque laica, se inspiraba en la moral religiosa y estaba sostenida en el valor del sacrificio y la postergación permanente de la gratificación, que siempre se ubica en un futuro, bastante inasible, por cierto.

La libertad que se concede a los alumnos en el marco formativo que configuran las actividades extracurriculares que se dictan bajo la forma de talleres parece poner un paréntesis a esta idea del deber laico que hizo suya la escuela. Los talleres, fundamentalmente en virtud de su carácter opcional pero también por el tipo de condiciones de trabajo que proponen (relaciones más simétricas, basadas en el interés común en torno a una actividad, y en donde la circulación del conocimiento y de los cuerpos adquiere una dinámica distinta a la que se produce en la escuela, porque muchas de las reglas y las pautas que la ritman entran en suspenso, dando lugar así a la experimentación y a lo lúdico, sin menoscabo de la profesionalidad con la que se asume la actividad en cuestión), reemplazan el ideario del deber por el del deseo, y de este modo dejan sin efecto el valor que el primero concedía al sacrificio y se nutre en su lugar de la gratificación, de la satisfacción, de aquello que resulta estimulante e interesante aquí y ahora. Sin que los talleres convoquen algo del deseo, de las ganas de estar ahí, sin que logren una interpelación genuina de los alumnos que se prolongue en el tiempo, es muy difícil pensar un funcionamiento sostenido de los mismos.

Quienes eligen asistir a los talleres *"están presentizados de una forma comprometida"*, aprecian los talleristas, *"acá no hay nota, te ponen presente – ausente, (...) pero es como que no importa… si no venís, listo. Es las ganas, a mí me traes el deseo de estar acá, y vengo. Por eso tenemos cafecito, mate, ponemos música, nos traen música que hasta a mí me sorprenden (...) Hay toda una cosa que se va creando de lazo de confianza para laburar porque sino es imposible, porque estás laburando con el cuerpo todo el tiempo, es muy difícil si no está la confianza laburar con el cuerpo"*.

“Los talleres hacen que el cuerpo se ligue con el espacio escolar de otra manera. Y poner el cuerpo no es dejar el cuerpo ahí, simulando, e irse a otro lado, sino estar donde está su cuerpo”, explican.

La máxima que se impone en los talleres es la de pasarla bien, pero esa condición no aparece disociada de la posibilidad de canalizar por su vía contenidos que en definitiva también son curriculares, aunque conformen un paquete extracurricular. El trabajo y el placer se encuentran en el espacio de los talleres, el disfrute no queda disociado del esfuerzo en estas experiencias, y esto revierte la ecuación que asociaba los procesos de enseñanza-aprendizaje al esfuerzo entendido como sacrificio, como procesos a los que les es inherente el aburrimiento y la carencia de atractivo, y en cambio los conecta con algo que tiene que ver con sus intereses y sus inclinaciones personales y en algunos casos hasta consigue apasionarlos o interpelar su vocación. Su plus parece estar en el maridaje que consiguen entre contenidos de valor cultural que cumplen altos estándares de calidad profesional, y un fuerte entusiasmo de los participantes en torno a ellos. La experiencia se monta entonces en una propuesta fuertemente comprometida con elevados niveles de exigencia sin menoscabo por ello de la posibilidad de disfrutar de estos procesos de formación de parte de los alumnos.

¿Cómo ponderar la tensión que introduce la lógica del deseo que traen los talleres con la lógica del deber de la que es portadora la escuela? ¿Producen la satisfacción, el deseo, las ganas, la pasión, y aquellos valores que entran de la mano de los talleres a la escuela y que fueron históricamente despreciados por esta institución una inflexión en la misma? ¿Hay reconfiguraciones del paquete moral que transmite la escuela en virtud de los talleres o se trata de cambios que están allí para no transformar, para apuntalar los rasgos más escolares de la escuela? ¿Están los talleres abriendo el camino a una transformación más radical de la escuela o constituyen su válvula de seguridad, su modo de oxigenarla para que permanezca inmutable?

Tensión 2: Disciplinas científicas vs. Disciplinas artísticas / oficios. O los talleres como el canon contraescolar

"En el caso de nuestra escuela, los talleres, aunque no todos, en su gran mayoría están ligados a lo artístico-expresivo, tienen que ver con… nosotros creemos que hay cierta cosa de lo transgresivo, de lo transgresor de la adolescencia que tiende para muchos pibes a desplazarse en ámbitos…., a sublimarse en ámbitos de producción creativa. Hay muchos adolescentes interesados por hacer experiencias y aprendizajes vinculados con las artes. La adolescencia, en nuestra experiencia, es una etapa de… hasta te diría que es la etapa de más potencial creativo y las artes, digamos, tienen esta fuerte asociación con lo creativo y lo expresivo…"

Entrevista a Director

Los talleres también introducen tensiones en lo que respecta a la definición del paquete cultural a transmitir, porque al tratarse de actividades de formación inscriptas en el ámbito de las artes y las disciplinas expresivas, e incluir contenidos vinculados a ciertos oficios, curvan la vara en el sentido opuesto al del canon escolar tradicional.

La idea de canon escolar, en lo que hace a la curricula, refiere a una selección cultural que se toma por el todo o sintetiza el promedio o lo más destacado de ese todo; son aquellas manifestaciones de una cultura que en determinado contexto sociohistórico son recortadas y rescatadas porque se consideran dignas de ser transmitidas a las nuevas generaciones para mantener la identidad cultural y manejar el conjunto de conocimientos que se presumen relevantes para incorporarse al intercambio social. En suma: el *arbitrario cultural* de la escuela, para decirlo en los términos de Bourdieu.

El canon constituye así una vara o norma a partir de la cual establecer inclusiones y exclusiones. Y en lo que respecta a la definición curricular de la escuela, ese trazado redundó en un curriculum centrado en las disciplinas científicas que colocó en sus márgenes a las disciplinas artísticas, cuando no quedaron directamente expulsadas de los contornos del curriculum. Esta definición con centro en la Ciencia y de corte Humanista, vale decirlo, es la que había promovido la Modernidad como proyecto político y cultural, y la escuela, como institución privilegiada del proyecto cultural moderno, era la encargada de

instrumentar la transmisión de las jerarquías culturales surgidas del proceso de *disciplinamiento de los saberes* por el cual el poder construye su alianza con el saber (Foucault, 2000).

Ahora bien, esta expansión de los talleres junto con la introducción de nuevas variantes a la matriz científica adoptada por la escuela que ellas operan -que no es exclusiva de la institución en la que se centran estas líneas sino que atraviesa también a escuelas de gestión pública y otras privadas, con perfiles institucionales variados-, se produce en un contexto en el que la experiencia escolar tradicional va perdiendo relevancia cultural en virtud de la brecha que se abre entre ella y las dinámicas culturales y tecnológicas de la contemporaneidad. Es decir, el mundo para el que fue creado la escuela, hegemonizado por la cultura intelectual de la Ilustración y a partir de las necesidades económicas del capitalismo industrial, hoy se ha transformado configurando una contemporaneidad que colisiona con los supuestos sobre los que se sostiene la propuesta cultural de la escuela. Al mismo tiempo, los propios alumnos evidencian la pérdida de sentido que tiene para ellos eso que circula por la escuela, dando lugar a lo que algunos teóricos denominan "experiencias escolares de baja intensidad" (Kessler, 2007).

Las distintas propuestas formativas que integran los talleres de la escuela de la que aquí nos ocupamos están, como dijimos, mayoritariamente ligados a lo que sus propios protagonistas y promotores inscriben dentro de "lo artístico - expresivo". Creemos que la reivindicación que hace esta escuela del Arte en general y las disciplinas expresivas en particular, al consagrar los talleres a impartir contenidos que abrevan en sus fuentes, no es inocua para el canon escolar que prefigura esta institución. Y el canon entendido aquí no sólo como *arbitrario cultural* sino como gesto normativo, como aquello que fija, que se torna vara o norma. El eje artístico que eligen para desplegarse los talleres parece introducir una cuña a la dinámica canonizadora/canonizante que prima en la escuela, parece poner un paréntesis a los sistemas de normas que regulan las relaciones entre docentes y alumnos (marcadas por la asimetría y la jerarquía), las relaciones entre pares (ya que aparece la dinámica de trabajo más colaborativa y colectiva), las dinámicas de una clase (fuertemente ritualizadas), los modos de disponer los cuerpos en el aula, el abordaje del conocimiento, la definición de los

sujetos (éste ya no es el sujeto racional de la ciencia sino que la definición de sujeto de la que parte el arte restablece la condición humana que está ligada a la sensibilidad, a las expresiones de la subjetividad y las manifestaciones de la creatividad). La cosmovisión de la que parte el arte es distinta de la que sostiene la ciencia, suele introducir una mirada crítica a lo establecido, trae una perspectiva que es distinta a la que adopta la ciencia y por lo tanto, reveladora y habilitadora de otras maneras de interactuar con el mundo. Tal como queda expresado en el epígrafe que recupera las palabras del director de esta escuela, los talleres incluyen algo de la transgresión, de la mirada crítica hacia lo establecido, y esto se manifiesta en distintas dimensiones (la de los vínculos, la de los valores que entran en juego, la de los contenidos).

Quizás, una vez más, lo que resta pensar es cómo ponderar si la fuerza que tienen los talleres en la impronta institucional de esta escuela, si su peso para configurar la identidad de esta escuela, está ligado a esta apertura que los mismos operan a lo contracultural, contrarrestando así la cultura escolar más canónica y delineando otro modelo institucional.

O tal vez la pregunta que debamos hacernos es, cuál es el potencial transgresivo de una propuesta contraescolar (si es que convenimos caracterizar de este modo a estos talleres) que tiene como marca de origen una condición marginal, ya que se dicta en horario extraescolar, es de carácter optativo y no tiene incidencia en la promoción de los estudiantes, es decir, que constituye una propuesta de formación que está diseñada para no alterar el núcleo curricular de la escuela y la dinámica y las condiciones bajo las que éste se despliega.

Tensión 3: Buenos alumnos vs. Malos alumnos. O los talleres como una resignificación del oficio del alumno

¿Y tenés compañeros de la misma división que no hacen talleres?

-Sí, tengo

¿Y por qué crees que no hacen ninguno?

-La verdad es que no sé, porque viniendo a este colegio, debería hacerlo… por decisión personal, no sé… porque este colegio tiene una orientación artística que es teatro, o acrobacia, malabares, o música, si no tenés ningún parentesco con eso, no lo hacés, te limitás a lo escolar, y lo de siempre

Entrevista a Alumno

Otra de las tensiones que producen los talleres en esta escuela es la que problematiza a la figura del alumno. Esa figura, que es junto con la del docente paradigmática de la escuela, lo es porque ella misma da forma a la idea de canon escolar. Y el canon escolar, en base a ese sistema de inclusiones y exclusiones que construye, establece lo que es un buen y un mal alumno, y como parte de esa cultura escolar los estudiantes aprenden a lo largo de los años el oficio de ser alumno.

Los rasgos y atributos que la escuela proyecta sobre la figura del alumno en su expresión más canónica presenta algunas discontinuidades con el perfil de alumno con el que dialogan los talleres. Es que lo que surge en las entrevistas a directivos y talleristas de esta escuela es una suerte de papel redentor que estarían cumpliendo los talleres para los alumnos, porque en virtud de ellos las valoraciones y los rótulos con que suele clasificarse a los estudiantes en muchas ocasiones se resignifican. *"Uno de los problemas de las escuelas es el de los buenos y los malos alumnos"* dice al respecto el director, y muestra así cómo su escuela busca diferenciarse de esta concepción: *"Si tu posibilidad de ser reconocido sólo tiene que ver con que te saques de 8 para arriba en las materias más importantes, esto para muchos pibes puede ser inaccesible. Entonces, si hay otras posibilidades de ser reconocido, de ser valorado, de ser aplaudido, de mostrar algo a los otros, de prepararse para presentar… bueno, esta cosa de ser buen o mal alumno tiene que ver con la calidad de participación y no sólo en las notas a las que podés acceder en las materias más importantes".*

Los talleres permiten mostrar a los “malos alumnos” su potencial, su capacidad, hacen visibles las condiciones que los chicos portan y que el formato tradicional invisibiliza u opaca. En el contexto de los talleres muchos jóvenes sobre los que pendía la etiqueta de mal alumno basada en un desempeño académico insatisfactorio, encuentran el marco adecuado para desplegar aptitudes o simplemente demostrar que son capaces de engancharse con aquello que estos espacios de formación proponen, capitalizando esos contenidos y aportando al desarrollo de los talleres. Incluso, algunos estudiantes que eran estigmatizados por cuestiones disciplinarias dan cuenta a través de la experiencia de los talleres de que ese comportamiento que es sancionado por la mañana no constituye un obstáculo para el buen desarrollo de las actividades de la tarde.

Esta brecha valorativa sobre los alumnos que se abre entre lo que los mismos inspiran a los representantes de la escuela por la mañana y lo que despiertan a quienes están en ese lugar por la tarde, nos habla de los distintos idearios y expectativas sobre los estudiantes en los que esos dos modelos de formación se fundan. Esta convivencia no está exenta de tensiones y de conflictos. En efecto, tanto el director de la escuela como la directora de talleres aluden en las entrevistas a la aún escasa sinergia entre ambas propuestas, a las dificultades para conseguir una identidad entre lo que ocurre por la mañana con lo que tiene lugar por la tarde, cargando las tintas sobre la responsabilidad que tienen los docentes de uno y otro espacio para operar esta conciliación. *“Los docentes curriculares algunas veces en el año tienen oportunidad de ver a los chicos en otra situación, que no es la de estudiante de su materia,* -explica al respecto el director- *y en general se sorprenden muy gratamente, ‘ah, mirá fulano’”.* Si bien la exposición del docente curricular a producciones o actividades de los jóvenes que se dan por fuera de su espacio de formación abren la posibilidad de que algo de los supuestos sobre los que se monta el concepto de buen o mal alumno se ponga en tela de juicio, la fuerza de los esquemas de partida o las jerarquías que funcionan entre las disciplinas no siempre permite que la autocrítica se concrete. *“El tema”* -para decirlo en los términos del director de esta escuela- *“es cómo este ‘mirá fulano’ se puede convertir en… no en ‘qué hijo de puta, no estudia geografía y ensaya teatro’, sino en ‘mirá el potencial de ese pibe’; la sorpresa puede convertirse en la pregunta de qué manera potenciar al alumno en su materia”.*

Como algunos docentes de la mañana tienen a su vez a cargo algún taller, en estos casos la escuela consigue la tan ansiada síntesis entre ambos idearios: *"estos sí tienen una visión más integrada de la propuesta"* distingue el director. Sin embargo, esta doble inserción en la escuela no es la más común, y lo que prima entonces en las relaciones entre esos dos espacios son, en sus palabras, "los prejuicios": *"lleva mucho tiempo que un docente de geografía llegue a valorar que un pibe, al cual no le va bien en su materia saque buenas fotos y las exponga y cuánto esto le aporta a ese pibe, y cuanto eventualmente lo puede ligar a la escuela y a la geografía, a la disciplina…., lleva mucho tiempo"*.

La existencia de este hiato es uno de los principales focos de tensiones entre docentes de la mañana y de la tarde, en lo que al trabajo con los estudiantes respecta. En este sentido, el director explica en la entrevista: *"Bueno, vos sabés, que hay una cosa de mucha… en la escuela media sobre todo hay una cosa…. Bueno esta es una escuela media con buenos docentes, y estos buenos docentes tienen una cosa de sobrevaloración de la propia disciplina, como que todo lo demás… para un docente social las matemáticas no son significativas y mucho menos significativa es teatro. Estoy generalizando, no en todos los casos es así. Cuando incorporamos nuevos docentes al equipo curricular nos interesa que por ahí tengan experiencias propias de desarrollo en el campo de lo artístico-expresivo, no porque lo vayan a aplicar acá sino porque el diálogo tal vez es distinto"*. Mientras tanto, respecto de los docentes de talleres el director dice que *"es gente que ha hecho recorridos de formación, aprendizaje y experiencias en distintos campos de lo artístico-expresivo y tienen, al mismo tiempo, devaluado lo escolar en su aspecto curricular. Incluso a veces en su propia biografía escolar. Entonces esto es algo que cuesta ligar"*.

¿Dónde reside la posibilidad de ligar ambos idearios, entonces? Es interesante constatar que las autoridades y docentes de esta institución hacen recaer en el alumno esta posibilidad. *"Hay algo que se liga en los pibes"*, dice el director. ¿Cómo? El director ensaya la siguiente explicación: *"A ver… si pudiera poner en la cabeza de un pibe esto… pensaría que este colegio que me propone cosas que me interesan probablemente también me está proponiendo otras cosas que aún no me interesaron, pero que puedan interesarme".* El pibe, como dice el director, está ahí por esas cosas que le interesan, por los talleres, porque como nos decía un alumno, uno viene a este colegio por el parentesco que tiene con lo

artístico, eso es lo que lo liga al colegio, que además hace de los talleres su sello institucional, su marca identitaria. En este sentido es que planteamos la hipótesis de la resignificación que opera esta escuela en el oficio de ser alumno. Si es en la experiencia de los talleres donde se cifra el vínculo que la escuela arma con los estudiantes, podría pensarse que la suspensión del dispositivo escolar sobre la que dicha propuesta de formación se monta produce modalidades de alumno distintas a las que produce el dispositivo escolar tradicional y con ellas, nuevas maneras de entender ese oficio, como queda planteado en la siguiente reflexión que el caso de un alumno inspira en la directora de los talleres de esta escuela:

"Un pibe que parecía que no avanzaba, y encontró ese lugar y entonces ahora a la mañana es un pibe brillante. Ahora me acuerdo de un pibe de 1° año, Francisco, que es un pibe que llegó al colegio con muchos quilombos y la profe de pintura me dice 'che, estoy maravillada con un pibe, no puedo creer lo que pinta', Francisco. Entonces Francisco ahora trajo sus cuadros, entonces ahora Francisco es 'el Francisco que pinta esto'".

Una de las preguntas que emergen es si esta resignificación de la figura del alumno que motoriza el espacio de los talleres representa una bisagra a una concepción de los estudiantes más centrada en su condición juvenil y por lo tanto, menos prescriptiva y circunscripta a una construcción abstracta que se define unívocamente en relación a lo escolar, o si constituye un mecanismo nuevo a partir del cual la escuela establece su canon de alumno, es decir, si simplemente es el relevo de una forma de concebir al buen alumno por otra que nos hablaría de la puesta en juego de otros atributos en el oficio de ser alumno, pero que tiende igualmente a su canonización.

Tensión 4: ¿Los talleres como anzuelo o los talleres como amenaza?

"Estos primero vienen como agotadores, porque tenes que enmarcarlos todo el tiempo, pero todo el tiempo y es muy difícil, porque tenes que decirles '¿dónde estás?', 'en el taller', '¿de dónde?', '¿cómo de dónde?', 'estás en un taller que, ¿dónde está ese taller?' ,

'en la escuela', 'bueno, y en la escuela qué onda, ¿vos así te conducís?, ¿hablas así, te referís a las cosas así?'. Entonces también es todo un tema".

Entrevista a Tallerista

Los ajustes al dispositivo escolar que operan los talleres bien podrían pensarse como una estrategia tendiente a "enganchar" a los alumnos con la escuela, como una propuesta o dispositivo que se arma como alternativa o némesis de la escuela, visibilizando todo aquello que el dispositivo escolar opaca, constituyéndose así en anzuelo para la escuela, en su carnada.

Si bien esta es la línea de razonamiento que desplegamos hasta aquí, lo cierto es que esta posibilidad no obtura una de las derivas que asumen los talleres en esta escuela: la que los lleva a percibirlos como amenaza. Es decir que ese potencial atractivo que encierran los talleres para la escuela por su carácter transgresivo de las reglas, las pautas, los valores y el tipo de vínculos asimétricos que estructuran la vida escolar, tiene como contracara, como efecto colateral no deseado, el germen de su amenaza. Al cimentarse sobre una lógica tan distinta a la escolar los talleres producen, de un modo sutil, condiciones de trabajo que pueden estar reñidas con las que corresponden a una escuela. En efecto, el discurso de las autoridades de la escuela y de los responsables de la parte de taller transmite la preocupación y el empeño que es necesario poner para que los talleres discurran por los marcos normativos que definen a una escuela, para que no adopten comportamientos, rasgos o pautas impropias de una institución educativa como la escolar. En este punto, si los talleres constituyen una fuente de atracción y aportan una bocanada de aire fresco a las rígidas estructuras escolares, tienen como revés la posibilidad del desborde, de la transgresión de las reglas escolares y en este sentido pueden representar una amenaza para la institución, una fuente de potenciales conflictos en tanto pueden redundar en obstáculos para la tarea de formación curricular. *"Los conflictos tienen que ver con cierta dificultad de los docentes, sobre todo cuando son muy nuevos en el colegio, de sostener la propuesta de trabajo creativo reconociendo que están en un ámbito escolar"*, reconoce el director. Por eso en la elección de los talleristas, explican las autoridades, hay cuestiones fundamentales a detectar: *"Tienen que ser adultos, tienen que poder comprender que están en una escuela*

y que hay ciertas cuestiones vinculadas a las normas, a los modos de comunicación, etc., que son propios de un espacio escolar", dicen. De modo que la escuela presiona sobre los talleres para que ciertas cuestiones no rebasen ese espacio, o que no se transgredan ciertas pautas escolares que deben regir el conjunto de las actividades que allí tienen lugar.

Tensión 5: La escuela como institución total. Los talleres como control

"La escuela se rearma como una especie de centro cultural… Casi como si fuera otro lugar,
pero con la ventaja de que no es otro lugar…"
Entrevista a Director

"(…) como si fuera una escuela dentro de otra escuela; como que se alimentan una de otra pero a su vez, funcionan independiente"
Entrevista a Tallerista

Si bien hasta aquí desplegamos una mirada sobre los talleres que subraya aquellos aspectos de los mismos que los distancian de la cultura escolar (la puesta en valor del deseo, de las disciplinas artísticas, de nuevas maneras de ser alumno), la experiencia de los talleres también es pasible de ser analizada bajo la hipótesis de la escuela como *institución total* (Goffman, 1970), lo cual pondría algunos matices a las lecturas hasta aquí ensayadas. Es decir, podríamos ver la emergencia de la propuesta de los talleres, no sólo como una experiencia tendiente a contrarrestar los aspectos más rígidos del dispositivo escolar sino, por el contrario, como una apuesta por el dispositivo escolar para gestionar el tiempo no escolar de los jóvenes, del que bien podrían encargarse otros espacios y/o instituciones.

Esta propensión de las escuelas a constituirse en *instituciones totales* ya había sido señalada para ciertas escuelas de elite por algunas investigaciones de este mismo grupo (Ziegler, 2004). Esos estudios leían la monopolización del tiempo de los chicos por parte de la

institución escolar como el modo en que las escuelas, a partir de la demanda de las familias, buscan dar respuesta al proceso de *desinstitucionalización* (Dubet, *op. cit.*) que vive la sociedad reforzando su propia propuesta institucional. La necesidad de la familia de encontrar espacios confiables y atractivos para que sus hijos pasen el tiempo de un modo que suponga algún enriquecimiento personal (a partir de la imposibilidad de ocuparse ella misma de la gestión de este tiempo en virtud de la emancipación de las mujeres de estas obligaciones con su incorporación a la vida pública), junto con el estrechamiento de opciones que supone la amenaza que representan para estos grupos los espacios públicos de socialización (la calle, la plaza, el club, etc.), hacen de la escuela una opción atractiva para tal fin. Estas escuelas, dicen estas investigaciones, "se parecen cada vez más a la población que reciben", porque arman su propuesta institucional con arreglo a las necesidades de su público y en función de sus características socioculturales. Su estrategia es la de asumir como propia la responsabilidad de "llenar" todo el tiempo de los alumnos por medio de la generación de una batería compleja y completa de actividades que se diseña en diálogo con el perfil sociocultural de sus "clientes"[1].

Así, de acuerdo a la lectura que realiza del perfil sociocultural de las familias que atiende, esta escuela se transforma por la tarde en "un centro cultural"; su batería de talleres abarca distintas expresiones del espectro artístico y apuesta así por complementar su oferta curricular con una formación integral de los alumnos que se piensa, fundamentalmente, con centro en la Cultura. Escuela de Teatro, de Música, de Artes Visuales, Talleres de Danza, Escultura, Pintura, Murales, Fotografía, Cine y Guión, configuran un abanico amplio y variado de alternativas que bien puede asemejarse al tipo de propuesta que ofrece un centro cultural. La escuela también brinda talleres de Periodismo, Periodismo Deportivo, de Radio, Arnés, Tela Aérea y Trapecio y hasta Juegos de Rol, incluyendo en la definición que hace de la cultura expresiones artísticas de corte más contemporáneo, la formación en ciertos oficios y el cultivo de ciertas aficiones.

---

[1] *"El director es un gran empresario"*, dicen de la máxima autoridad de esta escuela las docentes de taller a propósito de su capacidad para gerenciar esta propuesta institucional.

La idea es canalizar, por vía de la escuela, el amplio espectro de actividades que en materia artística puede contribuir al desarrollo de los chicos, de modo que sus padres cubran esta expectativa respecto a la formación de sus hijos a través del mismo espacio escolar. Pero si esta escuela funciona como *institución total* es también porque su trama institucional se propone como opción disponible y competente para acompañar a los jóvenes en aquellos derroteros que los conduzcan hacia la autonomía adulta o simplemente los abran a nuevos espacios de socialización e interacción, o contribuyan a ampliar su ámbitos de circulación espacial y social a partir de la red de contención que implica la escuela. El programa de formación de espectadores en virtud del cual la escuela organiza y tutela la asistencia a los espectáculos teatrales se inscribe dentro de esta propuesta, así como la oportunidad de tramitar la licencia de conducir de la mano de la escuela gracias al convenio que la institución mantiene con el Automóvil Club Argentino (ACA) para tal fin. Asimismo, algunas docentes de talleres como el de murales refieren algunas situaciones vividas con los alumnos en el marco de actividades realizadas por fuera del colegio que son bien ilustrativas, no sólo del tipo de acompañamiento del que la escuela se hace cargo, sino de los escasos recursos con los que cuentan los alumnos de esta escuela para tramitar situaciones de la vida cotidiana y para manejarse en la ciudad.

Las autoridades de la escuela subrayan la ventaja, el plus de contar con un centro cultural sin necesidad de salir de la escuela. El énfasis, la puesta en valor, se halla en la posibilidad de adaptar toda una parafernalia cultural al propio entramado institucional escolar. En este sentido parece atinado pensar a los talleres como control, como el mecanismo que encuentran escuelas como la que aquí ponemos bajo la lupa para expandir a actividades extraescolares la membresía institucional que otorga una filiación como la escolar. La escuela, gracias a su oferta extracurricular, se presenta como la llave a un intercambio social controlado y seguro en términos de reproducción de ciertos valores, y a un intercambio cultural rico y deseable para la inserción de los jóvenes a la actividad social según la definición del futuro que realizan estos grupos; intercambios que, de no estar mediados por esta institución, probablemente hubieran resultado de un acceso más incierto para estas familias. La escuela se constituye así en el principal amparo para capear la incertidumbre que impone nuestro presente a estas familias.

Talleres: ¿válvula de seguridad o alternativa para la escuela?

Lo que se nos impone tras el recorrido propuesto hasta aquí es una pregunta en torno al papel que están llamadas a jugar propuestas extracurriculares como la de los talleres en esta escuela: ¿Apuntan los talleres a constituirse en la punta de lanza de una transformación escolar?, ¿constituyen este tipo de propuestas formativas experiencias pilotos orientadas a ir transformado la cultura escolar? ¿O, deberíamos pensar, por el contrario, que más que un intento por consolidar una propuesta educativa alternativa a la que desarrolla el dispositivo escolar tradicional, los talleres están llamados a jugar una función de puntal de la escuela, de sostén? Es decir, ¿vienen los talleres en relevo de la escuela o acuden a oxigenarla, a oficiar de válvula de seguridad para que su maquinaria siga en funcionamiento?

En suma, sólo queda por subrayar la importancia de seguir aportando al incipiente campo de investigación que la emergencia de estas experiencias configura bajo un esquema de pensamiento que siga preguntándose por el sentido de las tensiones que la presencia de los talleres introduce en el formato escolar. En virtud de ello es que, a modo de cierre, queremos proponer la necesidad de mantener abiertos los interrogantes desplegados a lo largo de este texto en indagaciones futuras.

Bibliografía:

DUBET, François: *El declive de la institución. Profesiones, sujetos e individuos en la modernidad.* Gedisa, Buenos Aires, 2006.

FOUCAULT, Michel: *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976).* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000.

GOFFMAN, Erving: *Internados. Ensayo sobre la situación social de los enfermos mentales.* Amarrortu, Buenos Aires, 1970.

KESSLER, Gabriel: “Escuela y delito juvenil. La experiencia educativa de jóvenes en conflicto con la ley”, en *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 12, núm. 32, Consejo Mexicano de Investigación Educativa, A.C., México, enero-marzo 2007, pp. 283-303.

LIPOVETSKY, Gilles: *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos.* Anagrama, Barcelona, 2000.

ZIEGLER, Sandra: “La escolarización de las elites: un acercamiento a la socialización de los jóvenes de sectores favorecidos en la Argentina actual”, en TIRAMONTI, Guillermina (comp.): *La trama de la desigualdad educativa. Mutaciones recientes en la escuela media*. Buenos Aires, Manantial, 2004, pp-73-99.